

# 1994-2004: el más difícil todavía



*Pedro Barato Triguero.*  
Presidente de ASAJA.

**M**e solicitan una colaboración para este número especial de Vida Rural que cumple ya 10 años, remontándonos a lo que ocurría en el campo cuando esta revista nacía. Esto nos lleva al año 94: la gran reforma de la PAC del 92 recién estrenada y un ciclo de dura sequía tenían al sector agrario muy preocupado. Analizaremos estas cuestiones que, probablemente, sean recordadas en otras páginas de esta revista para establecer paralelismos con la situación actual pero, a mi juicio, lo que ocurría entonces se distancia y mucho, de lo que ahora está sucediendo.

Pero, antes de entrar en materia, vayan estas primeras líneas para felicitar, en su número 200, a todo el equipo de Vida Rural que con su director, Jaime Lamo de Espinosa, al frente viene prestando un servicio de información y yo diría casi de formación al agricultor, dado el aspecto técnico-didáctico de muchas de sus colaboraciones, desde sus inicios. El paso de mensual a quincenal que experimentó la revista fue sin duda un éxito y, desde el sector agrario, no cabe otra cosa que felicitar y agradecer a todo el equipo de Vida Rural los esfuerzos realizados por poner a disposición del mundo agrario

español una publicación de estas características.

## Un poco de historia

Decíamos que estos diez años nos trasladan a un sector agrario preocupado y un tanto desorientado. Habíamos entrado en la entonces Comunidad Económica Europea y con un periodo transitorio sin concluir, se producía la gran reforma de la PAC de 1992 que comenzaba su andadura entre fuertes polémicas: el rechazo absoluto del sector, la Comisión Europea proclamando sus bondades (control de la oferta, transparencia y presupuesto controlado) y una opinión pública que no entendía el tratamiento anterior de los excedentes pero, tampoco comprendía, por ejemplo, la multiplicación repentina en la superficie de determinados cultivos, recordemos que llegó incluso a hablarse del "girasolazo".

Nos enfrentamos a un futuro en el que se precisan explotaciones agrarias competitivas, cada vez más tecnificadas y con una dimensión suficiente

Pasaban los años y aquella reforma mostraba algunas ventajas para el campo español, la transformación del apoyo público vía sostenimiento de los precios en ayudas directas a la hectárea o a la cabeza de ganado que compensaban al agricultor y ganadero por la caída de precios resultaron ser un

"colchón de seguridad" en una época en la que los duros años de sequía podrían haber dado al traste con muchas explotaciones. Este colchón fue tanto más abultado en la medida en que los precios interiores no cayeron con arreglo a las previsiones oficiales y las sucesivas devaluaciones de la peseta (hasta tres con el entonces Gobierno de Felipe González) producían un efecto similar aunque, en este último caso, realmente se tratara más bien de un espejismo.

Así, a lo largo de la década de los 90 el precio de la tierra se disparaba año tras año; parámetro que aunque no pueda tomarse como fiel indicador de la salud del sector, sí permite extraer algunas conclusiones.

Para las frutas y hortalizas, abandonadas casi a su suerte por esta PAC europea, se imponía la ley del mercado y el sector tenía que abrirse camino por sus propios méritos, la competitividad del sector hortofrutícola español, poco a poco, iba haciéndose patente.

En materia de PAC, con ligeras modificaciones de la mano de la denominada Agenda 2000 que no suponía sino profundizar algo más en los principios de la reforma del 92, el sistema de ayudas directas ha venido funcionando sin problemas hasta el pasado año, cuando Bruselas, casi por sorpresa, plantea una profunda reforma de la PAC que puede resumirse en tres puntos: modulación, condicionalidad y desacoplamiento de las ayudas.

Dejando un poco de lado la PAC propiamente dicha, durante esta última década, en materia de estructuras el campo va perdiendo activos, su peso relativo en el PIB desciende, el envejecimiento se hace cada vez más patente y la preocupación social por el medio ambiente se incorpora cada vez con más fuerza al sector agrario. Así, surgen las políticas llamadas de desarrollo rural por las que a lo largo de la década de los 90 y primeros años de la siguiente, se aplican las medidas de acompañamiento de la PAC (agroam-

bientales, forestación de tierras agrarias, indemnización compensatoria y jubilación anticipada) e iniciativas comunitarias tipo Leader junto a los programas clásicos de mejora de las estructuras agrarias (incorporación de jóvenes agricultores, modernización de explotaciones, etc). Las complicaciones burocráticas, problemas presupuestarios y la falta de un reconocimiento del sector agrario como motor de la economía rural, hacen que estas políticas encuentren dificultades y no logren plenamente sus objetivos.

### Situación actual

Con ello, llegamos hasta nuestros días en los que la preocupación del campo nuevamente se hace patente. Decía al principio que hay quien establece paralelismos entre ambas situaciones, dos profundas reformas de la PAC como telón de fondo para, a continuación, pronosticar un impacto de la actual reforma mucho más favorable del esperado y una buena adaptación del sector a la nueva situación. Sin embargo, aparecen en esta ocasión circunstancias bien distintas de las que se daban con la reforma del 92. Por no alargarme citaré tan sólo una pero esclarecedora: tensiones presupuestarias. Aquella reforma se hizo con fondos suficientes y al alza; por el contrario, hoy no se habla de otra cosa que de recortes presupuestarios. Las decisiones, poco halagüeñas para el campo, se escudan y enmascaran tras la mala situación de la economía alemana, la ampliación de la UE hacia el Este, las presiones internacionales, la supuesta falta de legitimidad social de las ayudas...; por cierto, que facilidad tienen algunos para erigirse en portavoces de la sociedad.

Junto a estos cambios de la PAC, el campo se encuentra frente a un grave problema de precios. Baste decir, por tomar algunos ejemplos, que en los diez años a los que nos venimos refiriendo el precio de la cebada ha caído un 13,5 %, el del maíz un 14, el de la patata un 22 y el del vino blanco de

mesa un 41,5%. Mientras, mano de obra, maquinaria, semillas o fitosanitarios ven incrementados sus precios año tras año, lo que implica costes difícilmente asumibles para las explotaciones agrarias. Así, de 1994 a 2004 el precio de los fertilizantes se ha incrementado en más de un 35% y qué decir del gasóleo que lo hace por encima del 90%.

Por otro lado, junto al encarecimiento en el coste de la mano de obra, ésta comienza a escasear, especialmente para las labores de recolección menos mecanizadas, y la inmigración, que viene a paliar esta carestía, choca con fuertes problemas para su regularización. La falta de soluciones pone al borde del abismo a muchas explotaciones que, en ocasiones, se ven obligadas a realizar la recolección con la mano de obra inmigrante disponible a pesar de los problemas de regularización.

Pero por si precios, políticas comunitarias y problemas con la mano de obra inmigrante fueran poco, por alguna extraña razón algunos parecen haberse puesto de acuerdo para acusar al sector agrario de problemas medioambientales y riesgos alimentarios de los que con seguridad somos más víctimas que verdugos y, año tras año se dificulta el normal funcionamiento de nuestras explotaciones hasta extremos insospechados, pretendiendo que todos los costes recaigan sobre un sector cada vez más acorralado. Todo ello, olvidando y menospreciando lo que algunos denominan externalidades positivas del sector agrario para el medio ambiente y que precisa un mayor reconocimiento social: biocombustibles, sumidero de gases de efecto invernadero, paisaje, etc.

Ante esta situación no es extraño que el sector agrario reclame atención con fuerza y un mayor apoyo social y económico. Probablemente el precio del gasóleo no haya sido sino la gota que rebasa el vaso y el malestar contenido del sector, expresado durante estas semanas en la calle, no sea sino la punta de un iceberg mucho mayor de lo que a simple vista podemos apreciar.

### Perspectivas de futuro

Por último, respecto a las perspectivas de futuro, simplemente apuntar tres cuestiones que nos pueden llevar hacia alguna conclusión. En primer lugar, la competencia en nuestras producciones continentales (cereales, vacuno de carne, leche, remolacha...) se incrementa dentro de la UE por la ampliación hacia el Este y, las producciones mediterráneas (frutas, vino, hortalizas...), aunque con más mercados, pueden verse comprometidas por los acuerdos preferenciales con el Norte de África y otros países en vías de desarrollo. En segundo lugar, la liberalización del comercio internacional de productos agrarios, fruto de los acuerdos que se alcancen en el seno de la Organización Mundial del Comercio en los próximos años, influirán decisivamente sobre la agricultura y ganadería europea y española en particular. Y en tercer lugar, las cuestiones medioambientales, fruto de su interrelación con la PAC, pasarán a ocupar un papel protagonista en nuestra agricultura y ganadería.

Ante estas perspectivas, podemos concluir que nos enfrentamos a un futuro en el que se precisan explotaciones agrarias competitivas, cada vez más tecnificadas y con una dimensión suficiente. Previa orientación desde las Administraciones o por las propias reglas del mercado, en los próximos años nos enfrentaremos a una reforma estructural con el fin de mejorar la competitividad de nuestro sector. Sin embargo, presiones excesivas e injustificadas de cualquier índole, exclusivamente sobre el sistema productivo europeo, a las que no se vean sometidas las grandes potencias agrarias (Australia, EEUU, Nueva Zelanda, Canadá, Argentina, Brasil, China, etc.) pueden alterar las reglas del juego perjudicando seriamente nuestra competitividad y poniendo en grave riesgo la agricultura y ganadería europeas. Esperemos que en el futuro desarrollo de la normativa impere la cordura. ■